

AA.VV., *Extranjeros en el paraíso*, Barcelona, Ed. Virus, 1994, 302 pp.

*Juan de la Haba Morales*

Con la publicación de este libro sobre las migraciones y las movilidades contemporáneas, la Editorial Virus nos ofrece una valiosa contribución a este campo de estudio. Entre las 24 colaboraciones que se reúnen, el lector no encontrará un cuadro unitario, sino la lógica variedad de una obra colectiva, tanto en la profundidad o la originalidad de los artículos, como en cuanto a las maneras de acercarse a la materia. Incluye, además, varias traducciones del alemán de gran interés.

La complejidad del fenómeno requiere la amplitud cognoscitiva que late en el conjunto del libro. Pues la migración es punto donde convergen la producción económica y las relaciones de trabajo, cuestión a la que se dedican los primeros textos, en los que encontramos tesis y elementos sin duda útiles, con la producción de imaginarios sociales. En este punto, los artículos de V. Stolcke, E. Santamaría, Müller y Tuckfeld, entre otros, dan a la obra mayor espesor al adentrarse en los terrenos de las lealtades y las identidades colectivas, así como en las fuentes, los agentes y los momentos de mediación, y que son también de legitimación. En conjunto, los artículos tienen, además, el acierto de incluir las relaciones dialécticas entre la integración y la desintegración generadas por el globalismo en todo el planeta. Con esta trama de argumentos, la obra recorre lo social desde los macroprocesos a la micropolítica de las cárceles o los centros de internamiento..., como corresponde a un fenómeno que enlaza con todos los resortes de la sociedad

capitalista. Las migraciones son uno de esos temas que permiten, como propuso W. Benjamin, pensar el centro en la periferia. Por otrolado, hay un esfuerzo por recuperar la voluntad militante, lo que nos hace salir de los procedimientos usuales y más propagados, así como de la tendencia a profesionalizar y tecnificar el discurso y la gestión en torno a los inmigrantes.

Desde esa variedad de aportaciones, el libro nos encara críticamente a algunos de los prejuicios (teórico-políticos) y lugares comunes de uso corriente entre expertos, técnicos o estudiosos. Entre estos prejuicios, uno de los más persistentes (y envenenados) es el de *la ayuda al desarrollo como política de prevención*. Es ésta una retórica repetida, p.e., desde los programas de cooperación de la UE en relación a los países del Norte de África. Varios de los artículos son iluminadores al respecto: antes que desalentar la migración, o mantenerla a un nivel bajo y estabilizar las poblaciones, como prevén los parámetros al uso sobre las causas de la migración, resulta que esas inversiones en los *países en vías de desarrollo* suelen tener justamente el efecto contrario. Como señalan S. Sassen y P. Franke, es de los Estados de nueva industrialización de donde proceden la mayoría de los nuevos migrantes. Es decir, se trata de países, como Indonesia, Malasia, Corea del Sur, zonas del Caribe o la frontera mexicana, etc., que están en una fase de crecimiento acelerado, mucho mayor que el de regiones que no experimentan una emigración tan amplia. Lo cual sólo se puede explicar, como indica Sassen, si atendemos a las repercusiones que estas intervenciones tienen en la vida de las personas.

Si desde una perspectiva histórica, el texto de M. Izard nos recuerda la vinculación de los modernos desplazamientos de población con la expansión y la violencia europea hacia América, iniciada en el S. XV, conviene, no obstante, no olvidar que quizás la ofensiva decisiva contra las culturas aborígenes, se producirá a la par y en íntima conexión con las independencias y los procesos de la reforma liberal, con la construcción del estado-nación moderno y la transición al capitalismo dependien-

te. Esta ruptura es más decisiva porque apuntó no sólo a la *apropiación* de valor o de trabajo, sino sobre todo a la *expropiación* de aquellas bases que permiten la reproducción social y cultural de un grupo determinado, la instauración de condiciones extraeconómicas que arruinan sus formas de vida.

Algo de esto volvemos a encontrar en este contexto de globalismo capitalista. La aspiración a la modernidad, la sacralización del crecimiento acelerado, la industrialización para la exportación y la capitalización de la producción agrícola, que acaba marginalizando las estructuras agrarias y las economías domésticas tradicionales, más diversificadas y orientadas al mercado interno, etc., todo esto es un estímulo importante para la creación de movibilidades potenciales. Y es así al tiempo que, como observa G. Lutz, todas las formas anteriores de migración rotatoria pierden peso en la medida en que ya no existen las estructuras donde las personas se puedan reintegrar.

En este sentido, los autores nos muestran la insuficiencia de las tesis usuales y nos facilitan claves para elaborar modelos teóricos más matizados. Nos ofrecen también una síntesis de las últimas décadas, hasta concluir en las transformaciones más recientes vinculadas al posfordismo de los años 80 y la recomposición de los espacios económicos. Estos análisis muestran las tendencias de diferenciación cuantitativa y cualitativa en el transcurrir de las migraciones, según cada región. Para G. Lutz, sólo en el sureste asiático se encuentra hoy la forma *clásica* de emigración imperante en la Europa de los años 50 y 60.

La creencia de que el *centro* soporta los incesantes flujos humanos de la *periferia* es otro lugar común no menos engañoso. También en este punto es necesario descentrar nuestro pensamiento. Son los propios países del Tercer Mundo los que soportan los 2/3 de los grandes movimientos migratorios y de refugiados. Conviene insistir en la importancia de la inmigración laboral en otras regiones, como en algunas africanas o del sureste asiático.

La inercia o resistencia de los prejuicios la encontramos igualmente en la creencia difundida de que las migraciones son un fenómeno esencialmente masculino. Por contra, los movimientos migratorios se han *diversificado*, y, destacadamente, lo han hecho desde la perspectiva del género. Dolores Juliano y Lydia Potts, entre otras, subrayan cómo a medida que la mujer se convierte en objeto de la política del mercado laboral, se genera una dinámica de progresiva *feminización de la migración*. Esa feminización tiene mucho que ver con la economía de servicios, con el creciente carácter mercantil de las relaciones interhumanas y la disolución de anteriores estructuras sociales, dando lugar a formas específicas de movilidad (migrantes matrimoniales, servicios domésticos y personales, sanitarios, etc.). Este es otro de los elementos de ruptura del modelo "clásico" de migración laboral. En este punto, como señalan las autoras, se producen múltiples encabalgamientos entre las estructuras sexistas del mercado mundial de mano de obra y las estructuras racistas. Varios artículos examinan los problemas de las mujeres migrantes.

Las siete últimas colaboraciones examinan nuestro modelo de sociedad a la luz de estas migraciones e itinerancias, para encararnos ante otras dos cuestiones importantes: la tesis de que no es posible ni deseable una sociedad de *ciudadanos sin determinaciones nacionales*, y el *mito del multiculturalismo* y los efectos inesperados de ciertas formas de antirracismo. Aquí se entrecruzan diferentes puntos de vista, a veces opuestos.

Entre éstos, encuentro insatisfactoria la propuesta de F. Iniesta de una "refundación de Occidente como cultura". Expone F. Iniesta que la peculiaridad cultural del Occidente se apoya en varios pilares: individualismo, igualitarismo, racionalismo. En cambio, otras culturas han seguido la senda del animismo, del holismo, del cosmocentrismo. Según este argumento, las diferencias y las desigualdades son el dato inicial y clave de cualquier sociología, al cual se han encarado, por vías antagónicas, el pensamiento Occidental --añorando e imaginando un orden de igualdad-- y el pensamiento no-Occidental --inventando

maneras de gestionar el poder y de positivizar cualquier jerarquía o desigualdad--. Para Iniesta es necesario iniciar vías de disidencia apoyándose, p.e., en la tradición del pensamiento negro-africano, o en la democracia islámica y los movimientos ummistas, etc.

Creo que el uso de categorías y de opciones culturales tan abarcadoras, tan extensas o generalizadoras como "nosotros" y los "otros", en términos de civilizaciones o de tradiciones culturales globales (Occidente, pensamiento europeo, Oriente, "culturas del Sur" o "meridionales", africanismo, etc.), no tiene la capacidad iluminadora que requiere la complejidad sociológica de estas cuestiones. Y este mismo proceder lo encontramos también en el texto de J.M. Navarro sobre las posibilidades de despliegue de una "verdadera cultura de la tolerancia intercultural".

Pasando a otro terreno, se insiste en que la globalización es también comunicacional, pero ésto tiene poco que ver con la excelencia y la bondad de la información o del entendimiento a que puede inducir. Más bien parece crear un mundo de paredes flacas y de oídos finos en exceso. El artículo de Enrique Santamaría ahonda, precisamente, en las "cárceles de papel", en los "guetos mentales" que construye la prensa, en las violencias y maltratos que acaban historiándose en la vida y la carne de unos inmigrantes con el sordo, sutil, pero denso e indeleble tatuaje que dejan ciertas maneras de hablar, de nombrar o señalar.

Santamaría acomete, pues, el análisis de la configuración de la realidad por parte de la prensa, a través de su aportación a la construcción, con carácter "miserabilista" y heterónimo, de una figura social de alteridad dotada de un gran espesor y valor simbólico y afectivo: la "*inmigración no comunitaria*".

Visibles, pero apenas audibles, los migrantes son objeto privilegiado de intervención social al tiempo que son negados como sujetos sociopolíticos. Según Santamaría, instituyendo este *anti-sujeto*, la prensa es pieza esencial en la emergencia del nuevo *ciudadano europeo*, una nueva autoctonía que no diluye

otras anteriores sino que se yuxtaponen a las mismas, con lo que los niveles productores de extranjería convergen y se amplifican.

En este sentido, los artículos de I. Álvarez Dorronsoro y de V. Stolcke desarrollan dos posiciones diferentes sobre la heterogeneidad cultural, el Estado y la ciudadanía en Europa. Las reflexiones de I. Álvarez Dorronsoro se preocupan esencialmente por la *cohesión* o integración social y la regulación política de la misma. Para él, la nación es una condición para esta cohesión. A diferencia de otros análisis, considera que, a pesar de la creciente mundialización, la fórmula del Estado-nación --basada en el particularismo, en la distinción nítida e inevitable entre "nacionales" y "no nacionales" y en el juego complementario de una "frontera externa" y una "frontera interna"-- no está necesariamente cuestionada, ni tampoco tiene a la vista recambios viables y deseables. Considera que el Estado-nación sigue siendo el lenguaje y el espacio de percepción o autoconcepción más extendido y formalizado de la voluntad de pertenencia. La cohesión social requiere la existencia englobante de esa unicidad cultural, de unas comunes definiciones cognitivas y normativas de la realidad, de un sentido de identidad de objetivos que posibilite una vía factible para la negociación del conflicto y el consenso social.

Siendo así, para I. Álvarez Dorronsoro las políticas de control de la inmigración, aunque dolorosas, no se pueden eludir: no se puede defender la apertura de las fronteras y el debilitamiento del Estado-nación. El resultado sería no sólo "la bancarrota del Estado Providencia", sino una sociedad fragmentada, de extrañamiento cultural, un estado de anomia, podríamos decir. Según esto, todos los rasgos afirmativos de la heterogeneidad son, en mayor o menor medida, negativos para la cohesión social.

Discutiendo las formulaciones de Dahrendorf y de Habermas, I. Álvarez Dorronsoro sostiene que no pueden desagregarse nítidamente los valores políticos de las tradiciones culturales, de

manera que no se interfieran recíprocamente. La propuesta del autor apunta a hacer más porosa o fluida la "*frontera interior*", la que define el acceso a prerrogativas propias de la nacionalidad.

Falta aquí, en nuestra opinión, un análisis crítico de la idea misma de "*control de la inmigración*" (noción, por otra parte, ilusoria en gran medida) y de las operaciones de segmentación de las migraciones y *gestión* diferenciada por las instancias locales o nacionales.

Para V. Stolcke, como para J.C. Müller-M. Tuckfeld, el problema inicial no es el de la cohesión social, sino que tiene que ver con las dificultades (o la imposibilidad) de los ordenes políticos dominantes para pensar y abarcar la variabilidad humana sin generar dominio y exclusión. Su argumentación parte precisamente de la posición opuesta a I. Álvarez Dorransoro, dudando de que la igualdad formal de derechos presuponga algún grado de identidad cultural. La premisa de su concepción no supone tanto una reformulación del principio nacional, sino el cuestionamiento o la disolución de éste como principio organizador de la convivencia y como instrumento de cierre social. Escriben Müller y Tuckfeld que "a la izquierda, incluso a la izquierda radical, le falta una intolerancia práctica y teórica contra todo lo nacional". El resultado paradójico suele ser que los "amigos de los extranjeros" están de acuerdo en muchas cosas con los "enemigos de los extranjeros", disputando sobre aspectos cuantitativos y no sobre el fondo.

Para V. Stolcke, el "fundamentalismo cultural" es la nueva retórica de exclusión de la derecha y del liberalismo conservador contra las migraciones. Esta retórica efectúa un giro hacia la cultura, que, desocializada y cosificada, emerge como el "*terreno semántico clave* del discurso político", tematizando las ideas de particularismo cultural y de hermeticidad entre culturas nacionales. El objeto al que apunta este fundamentalismo es, por tanto, el *extraño*.

El artículo de Müller y Tuckfeld tiene un indudable valor, pues además de situarnos en los debates del día en la RFA, especial-

mente entre la izquierda, los autores sostienen que los conceptos de *multiculturalismo* (variante del diferencialismo) y de *sociedad civil* (que prolonga la idea de universalismo), a los que se recurre como basamentos para unas u otras estrategias antirracistas, muestran ser perfectamente reintegrables dentro de las formulaciones racistas. Si la idea de multiculturalismo presenta bastantes ambigüedades, cuando no se reduce a un coctel de culturas, con sus delicias de variadas latitudes para los que pueden saborearlo, la idea de sociedad civil ha conseguido asociar o vincular las empresas imperialistas o intervencionistas, así como las políticas reguladoras de inmigración, con los discursos feministas, sindicalistas, antifascistas, ecologistas, etc.

Lo cual nos lleva a extraer del conjunto de trabajos reunidos en *Extranjeros en el paraíso* la sugerencia de que no sólo deben interesarnos los discursos *del* racismo, sino también los pronunciamientos y discursos *sobre* el racismo. Esa producción incesante de discursividades múltiples, a veces ofuscadoras, urdidas en torno a estas cuestiones, constituye en sí misma un tema necesitado de análisis y de clarificación.